

EL DESARROLLO: EMPRESA COMUN

Por Lester B. Pearson (1)

En Agosto de 1968, el Presidente del Banco Mundial solicitó a Lester B. Pearson, ex Primer Ministro del Canadá y Premio Nobel de la Paz, que constituyera una Comisión para estudiar las consecuencias de 20 años de asistencia para el desarrollo económico.

En esta Comisión actuaron siete eminentes figuras internacionales quienes, tras 11 meses de investigación, elaboraron un informe de 365 páginas en el que se recogen sus impresiones y recomendaciones.

El texto que publicamos en este número de la Revista es el discurso pronunciado hace algunas semanas por Lester Pearson en Washington, discurso en que resumió ante el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional las conclusiones principales del estudio de la Comisión que presidiera.

(1) "De El Correo de la Unesco", Febrero de 1970.

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR

The purpose of this memorandum is to inform you of the results of the investigation conducted by the Security Council on the activities of the Communist Party, USA, in the State of California. The investigation was conducted from January 1, 1950, to December 31, 1950, and was completed on January 15, 1951.

The results of the investigation are as follows:

1. The Communist Party, USA, has a membership of approximately 100,000 in the State of California.

2. The Communist Party, USA, has a strong presence in the State of California, particularly in the San Francisco Bay Area and the Los Angeles area.

3. The Communist Party, USA, has been active in the State of California since the late 1930s.

4. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of labor, education, and culture.

5. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of politics and government.

6. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of the arts and sciences.

7. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of the media and communications.

8. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of the economy and industry.

9. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of the environment and natural resources.

10. The Communist Party, USA, has been active in the State of California in the areas of the social sciences and humanities.

EL DESARROLLO: EMPRESA COMUN

UNA NUEVA ESTRATEGIA GLOBAL

Por Lester B. Pearson — Premio Nobel de la Paz

No sólo es la cuestión del desarrollo difícil y compleja de por sí, sino que además la hemos examinado en un período de singulares tensiones y dificultades de orden universal. La tónica de nuestros tiempos es de duda y discordia. El decenio que empezó con la liquidación casi total del viejo orden colonial ha terminado con el hombre caminando por la Luna. Las metas alcanzadas sirven a menudo nada más que para iluminar el largo y peligroso camino que se extiende ante nosotros.

La ausencia de guerra no ha traído la paz, sino una zona incierta y crepuscular, ensombrecida por el espectro de la destrucción total. La preocupación por los derechos y por la dignidad y libertad del hombre no sólo ha agudizado el conflicto en torno a la forma de proteger esos valores esenciales, sino que ha revelado también cuán grande es la legión de hombres que carece de ellos. La increíble rapidez de los cambios tecnológicos ha puesto de manifiesto —y hecho menos tolerable— el lentísimo ritmo de transformación social. El progreso económico sin precedentes alcanzado en muchas zonas ha puesto claramente de relieve, por lo demás, las privaciones y desesperanza de los menos afortunados.

Debido a las circunstancias en que los países en desarrollo han tratado de modernizar su sociedad, sus esfuerzos han tropezado con obstáculos nuevos y sin precedentes. Los resultados obtenidos solamente pueden analizarse y apreciarse debidamente considerándolos en el marco de esos obstáculos.

El desarrollo económico y social es un concepto antiguo que, en nuestra era moderna, ha adquirido nuevo significado y finalidad. Al perseguirlo son dos las ramas del pensamiento humano que se unen: la fe en el progreso y la convicción de que el hombre puede dominar su destino. Las raíces del progreso moderno se remontan a los orígenes de la civilización humana, pero su aceleración, a partir de la revolución industrial, ha tenido un efecto desigual y ha creado graves tensiones. Esto sucede también en los propios países industrializados, en que regiones enteras se quedan rezagadas en la ola súbita de prosperidad. Sobre todo, ha producido una enorme brecha entre los países industrializados y el resto del mundo.

Con miras a salvar esa brecha y contrarrestar siglos de olvido y estancamiento, los países no afectados por la revolución tecnológica han movlizado sus

recursos, y la comunidad internacional les ha proporcionado un volumen de ayuda sin precedentes al hacerles llegar en gran cantidad los suyos propios.

La cooperación internacional para el desarrollo tiene, por naturaleza, un carácter vacilante y de exploración. Se trata de esfuerzos de acción descoordinadas, y los costos de la exploración son tan altos como inciertos los resultados. Algunas empresas sociales y económicas, a menudo de índole experimental, producirán un alto rendimiento; otras no, y se las abandonará en favor de las que prometan más.

No ha sido propósito de nuestra Comisión estudiar todas las manifestaciones del proceso de desarrollo, sino tratar de determinar si los esfuerzos cooperativos internacionales derivados de este nuevo concepto de dedicación y encaminados a fomentar el adelanto de las zonas de bajo ingreso justifican el gasto continuo de energía y de recursos por parte de los países más ricos y desarrollados y, en caso afirmativo, indicar qué medidas podrían tomar ambas partes para fortalecer y mejorar esos esfuerzos.

Estamos convencidos de que la cooperación en pro del desarrollo es cosa no sólo posible, sino de una importancia fundamental. Nuestro estudio sobre la experiencia de las dos últimas décadas nos ha confirmado en esa opinión. La corriente de recursos públicos y privados que ha afluído de los países desarrollados a los países en vías de desarrollo, y los resultados logrados, representa un ejemplo de previsión como pocas veces se ha registrado en los asuntos mundiales. Sería trágico que ahora dejáramos de lado un esfuerzo de esa naturaleza.

Pero las actividades en pro del desarrollo se están viendo afectadas ahora por dudas y temores diversos. Con demasiada frecuencia, especialmente en los mayores países donantes, prevalece una actitud de cansancio, desilusión e incluso de repudio. Los países beneficiarios también tienen cada vez dudas sobre algunos aspectos de la ayuda del exterior, lo que dificulta la cooperación en pro del desarrollo.

Tanto en los países en vías de desarrollo como en los ricos e industrializados son demasiadas las gentes que mantienen una actitud crítica no sólo por lo que respecta a la eficacia de las actividades de ayuda, sino también frente a la validez del concepto mismo de la ayuda.

Por haber tratado algunos países donantes de obtener, gracias a la ayuda que prestan, influencia política o beneficios económicos directos, los dirigentes de algunos de los países en vías de desarrollo consideran que esas políticas —aunque se presenten como «de ayuda»— constituyen una modalidad de intervención neocolonial, no una expresión de auténtica cooperación internacional o de interdependencia internacional o de solidaridad humana.

En algunos países donantes hay una creciente oposición e indiferencia hacia la ayuda para el desarrollo por considerarse que es costosa, ineficaz e innecesaria, o peor aún, que constituye un derroche.

Por otra parte, hay quienes apoyarían decididamente una norma auténtica de cooperación y ayuda para el desarrollo, pero que no la encuentran en las actuales

políticas de ayuda de algunos países desarrollados, demasiado vinculadas según ellos a estrechos intereses políticos y comerciales de los donantes o a una desafortunada política exterior.

En realidad, estamos llegando a un momento decisivo y hasta crítico en la historia de esta nueva y noble aventura de cooperación internacional. A ese respecto, debemos hacer frente a una pregunta fundamental y tratar de contestarla: ¿por qué países que, aunque fuertes y prósperos, también se ven agobiados por complejos problemas internos, económicos y sociales, han de preocuparse por tratar de mitigar la situación de los países pobres? ¿Por qué ayudarlos, en suma?

La respuesta es, desde luego, de orden moral. Todos los sistemas de valores del mundo proclaman el deber de los ricos y los privilegiados de ayudar a los pobres y necesitados. Todas las religiones, todos los artículos de fe humanista, recuerdan también a los afortunados la responsabilidad que conlleva su buena fortuna.

El desarrollo y difusión general de la civilización, el establecimiento de las colectividades que hemos dado en llamar nacionales, los cánones comunes de conducta individual y nacional que hacen posible que continuemos existiendo en esta era nuclear, son todos factores que vienen a confirmar la premisa de que los que tienen recursos y conocimiento están obligados a compartirlos con los que carecen de ellos.

Esta es una razón profunda y perdurable para que se apoye el desarrollo y la prestación de la ayuda correspondiente. En nuestra lucha cotidiana por defender nuestros intereses nacionales o personales, olvidamos con demasiada frecuencia el simple poder de ese instinto, aún cuando sepamos qué deshumanizadoras serían las consecuencias si, a la postre, hiciéramos caso omiso de él. Pero el interés humanitario y moral por el bienestar de los demás no es la única razón para que les preste esa ayuda. Igual importancia —y para algunos mayor— revisten las necesidades, por no decir las exigencias, de una comunidad mundial cada vez más estrechamente vinculada, cada vez más interdependiente.

Estas exigencias no descartan el interés nacional como base para la adopción de determinadas políticas, pero sí insisten en que éstas tomen en cuenta consideraciones de carácter extranacional.

El interés nacional es una base racional para establecer una norma de conducta —tanto en materia de ayuda como en todas las demás esferas— pero sólo si se lo practica con espíritu esclarecido y previsor y se mira más allá de las propias fronteras.

El establecimiento de relaciones económicas y políticas satisfactorias gracias a la cooperación en pro del desarrollo es un objetivo loable, que también podría ser remunerador.

El desarrollo y progreso de los más prósperos países industrializados sería ciertamente mayor si pudiera impulsarse el desarrollo de los países más pobres, que albergan dos tercios de la población del mundo. Y viceversa.

Cada día resulta más evidente que los intereses de cada nación y de cada ser humano son inseparables de los de todos los demás. Es casi insensato preguntarse cuál será la situación de una nación determinada dentro de 25 años, sin preguntarse al mismo tiempo cuál será entonces la situación del mundo. La revolución registrada en este siglo en las ciencias de los transportes, las comunicaciones, los métodos de producción y tantos otros aspectos de la vida y la sociedad, tocará a su fin para siempre el día en que un país cualquiera pueda obtener ventajas duraderas gracias a la derrota o decadencia de sus vecinos.

La aceptación de estos hechos ha llevado a un nuevo concepto de interés nacional, no menos impresionante porque con tanta frecuencia la intención de reconocerlo sea infringirlo. Este concepto consiste básicamente en la afirmación de que el principal interés a largo plazo de todas las naciones, ricas y pobres, radica en la creación de un mundo en que todos los recursos humanos y materiales se aprovechen al máximo. Esta es la visión en que deberían inspirarse todos los que contemplan, más allá de las ansiedades del presente, las oportunidades del porvenir.

En los últimos veinte años hemos llegado a saber que esa visión sólo podrá convertirse en realidad si los países prósperos realizan esfuerzos conjuntos y sostenidos para ayudar a los países en vías de desarrollo a ayudarse a sí mismos.

Ya no preguntamos por qué la gente o las zonas ricas de nuestros países deben pagar impuestos con el fin de reducir y eventualmente eliminar la pobreza de las regiones subdesarrolladas. Reconocemos el hecho como una obligación natural de la comunidad. Ha llegado el momento de contraer en escala nacional un compromiso semejante en favor de los países dispuestos y en condiciones de hacer todos los esfuerzos necesarios para alcanzar el progreso económico y social posible ahora gracias a la nueva tecnología.

No abriguemos ninguna duda sobre las intenciones de los países en desarrollo. Para ellos, el desarrollo ya no es una alternativa, sino una necesidad imperiosa; no piensan seguir sumidos en un sueño secular; el desarrollo es parte de su revolución inconclusa; una etapa más de su lucha por la libertad.

La cuestión no estriba en determinar si podrán lograr ese desarrollo económico y social a que aspiran. Lo harán, de eso no cabe la menor duda. Se trata, más bien, de escoger entre un crecimiento lento y vacilante, en un clima de desesperación ante el nivel decreciente de la ayuda y las acerbos relaciones internacionales, y un crecimiento que sea parte integrante de una campaña positiva y concertada para acelerar y facilitar la adopción de la revolución tecnológica en los países más pobres, con posibilidades de que el ánimo común, la preocupación y el esfuerzo comunes, reduzcan roces y peligros y permitan la obtención de resultados positivos. Los países en vías de desarrollo no tienen otra alternativa; pero los desarrollados sí la tienen. ¿Se dan cuenta, así y todo, del efecto que tendría sobre sus propias sociedades el que decidieran acordarse de encima ese compromiso?

El concepto de los derechos humanos fundamentales reviste una importancia esencial en todas las sociedades civilizadas del mundo, ya que inspira y conforma los valores por que se rigen esas sociedades. ¿Se puede acaso hacer oídos sordos al hecho de que se le niegan esos derechos en el ámbito económico y social —que es el que nos incumbe ahora— a dos tercios de la población del mundo, sin llegar a dañar con esa actitud de indiferencia los principios e intereses de la minoría de afortunados? Creo que no. Si los ricos y poderosos del mundo logran desentenderse de la suerte de los débiles y los pobres, haría bien en pensar un poco en qué se han convertido.

La división, la disparidad, la brecha entre ambos mundos está profundizándose y adquiriendo caracteres críticos. Todo esto ha llevado a muchos a sacar negras conclusiones y prever consecuencias terribles. Hay que reconocer, desde luego, que la comparación de datos estadísticos puede sugerir con frecuencia una situación peor de lo que es en realidad y dar una impresión errónea.

No tiene sentido, por ejemplo, sugerir que una proporción de 15 a 1 en la renta per capita de dos países suponga que los ciudadanos del primero vivan 15 veces mejor que los del segundo. La calidad de la vida que uno haga no depende sólo de un nivel creciente de ingresos. Empleando únicamente estadísticas económicas no es posible establecer una comparación válida entre el nivel de vida y las satisfacciones de un individuo que reside en un barrio de enormes edificios dentro de una megalópolis congestionada, con el aire y el agua llenos de venenos, y el de otro que vive en un soleado pueblecito de Ceilán.

Pero aun tomando en cuenta estos elementos, aterra la perspectiva de que una pequeña minoría de las naciones del mundo avance hacia la era espacial, aproveche el potencial de ésta y tenga por lo menos la oportunidad de resolver sus problemas, mientras que a la gran mayoría se le niega el acceso a ese nuevo mundo o se le imponen demoras intolerables para entrar en él, cosa que podría tener trágicas consecuencias.

Esto no quiere decir que haya que crear ahora mismo un gobierno mundial y hacer desaparecer los Estados. Por el contrario, es evidente que les corresponde desempeñar un papel de vital importancia en esta coyuntura de la historia.

Lo que sí quiere decir es que toda nación debe sentir un profundo interés por la suerte de las demás, y que ese interés debe traducirse en una cooperación más efectiva, entre otras cosas, en pro del desarrollo.

Me doy cuenta de que los gobiernos y sus ciudadanos sienten una responsabilidad especial hacia sus compatriotas, pero el mundo es ahora demasiado pequeño como para que esa responsabilidad se limite a los confines de las fronteras nacionales.

Si los estados se muestran incapaces de pasar esa prueba, si no pueden, mediante la cooperación mutua, garantizar que todos los hombres disfruten, como mínimo, de ciertas condiciones sociales y económicas básicas, es posible que desaparezcan como tales. Lo tendrán bien merecido. La humanidad es siempre

despiadada con los sistemas e instituciones políticas y sociales que han dejado de ser útiles.

No son éstas verdades nuevas. Hace años que venimos reconociéndolas aceptando, en principio lo que implican. En efecto, desde el final de la última guerra nada ha sido tan alentador como la creciente dedicación general al empeño de coadyuvar a la histórica tarea del desarrollo mundial. ¿Será posible que la abandonemos ahora?

La posibilidad existe; hay indicios crecientes de que, en algunos de los países industrializados, entre ellos los más ricos, se está debilitando la voluntad política de seguir en ese empeño. Me he referido ya a algunas de las razones de ese cansancio y quebranto de la voluntad. Hay otras; se ha esperado lograr demasiado en demasiado poco tiempo; se ha olvidado que el desarrollo instantáneo es imposible. Asimismo se ha tenido una impresión errónea del volumen de la ayuda proporcionada con fines de desarrollo, que nada tiene que ver con la destinada a objetivos políticos y militares de corto alcance. Es tan innecesario alegar que la ayuda que se facilita en apoyo de metas políticas o militares inmediatas no promueve el desarrollo como lo es criticar los errores de material bélico porque no logran el mismo resultado.

A esto hay que añadir una idea errónea de lo que ha sucedido en realidad en los países en vías de desarrollo, de lo que se ha logrado y lo que podrá lograrse en el futuro si persiste la voluntad de no cejar en los esfuerzos actuales. Consideremos la evolución del producto nacional bruto. No es que constituya, ni con mucho, una medida completa del desarrollo, ya que éste abarca muchos más elementos. Como ha dicho Gunnar Myrdal, «El desarrollo es el movimiento ascendente de todo un sistema social». Pero los datos relativos al producto nacional bruto señalan de todos modos el progreso alcanzado. Entre 1950 y 1960 la tasa anual media de crecimiento del p.n.b. del conjunto de los países en desarrollo alcanzó el notable nivel del 4,8 por ciento. Si se considera solamente el decenio de 1960, ahora parece posible alcanzar la meta del 5 por ciento fijada por las Naciones Unidas.

Aun si consideramos la renta per capita, las cifras resultan históricamente impresionantes. Desde 1955, el ingreso per capita de unos 41 países en vías de desarrollo ha aumentado al ritmo medio del 2 por ciento o más durante un período de diez años; aproximadamente la misma tasa de los países de Europa Occidental y Norteamérica en el siglo 1850-1860. Es aún más alentador considerar que esos 41 países —alrededor de un tercio de todos los países en vías de desarrollo— no pertenecen a una misma zona geográfica ni se asemejan en cuanto a su topografía, raza, religión o número de habitantes. Corresponden en proporciones más o menos iguales a África, América Latina y Asia, y entre ellos hay algunos de los más grandes en extensión, y también de los más pequeños.

No pretendo, desde luego, que se crea que el progreso alcanzado puede atribuirse, sencillamente, a la ayuda exterior y a la asistencia técnica. Por supuesto,

que no. Por lo menos el 85 por ciento de todos los fondos invertidos han provenido de los propios países en desarrollo. La ayuda en forma de capital y asistencia técnica con frecuencia ha sido el elemento catalizador para suscitar la acción en la esfera nacional, a menudo indispensable cuando se cuenta con pocas divisas extranjeras.

Pero el trabajo laborioso y el ahorro necesarios para el desarrollo, especialmente en países con niveles de vida sumamente bajos, ha correspondido, como debe ser, a los propios países interesados.

No es fácil ni grato remontar la vista 20 años atrás en la historia: el hacerlos nos recuerda demasiados de los errores que hemos cometido. Pero es útil recordar que a mediados del decenio de 1940 se ponía en duda la posibilidad de que, con los enormes problemas de pobreza, analfabetismo, ineficacia e inestabilidad que han caracterizado a tantos países no industrializados, pudieran éstos llegar a alcanzar un grado de desarrollo significativo.

Los que pusieron en duda la posibilidad de progreso se equivocaron. El subdesarrollo no constituye forzosamente un círculo vicioso, sino que es un mal que el hombre puede arrancar de raíz, un mal que el Profesor Arthur Lewis ha calificado acertadamente de «obstáculo que se puede vencer». Pero para vencerlo se necesitan esfuerzos más intensos y mejor organizados en materia de ayuda internacional que los actuales, y desde luego no dispondremos de un siglo para llevarlos a cabo.

El historial resulta aún más impresionante si tenemos en cuenta que más de 60 países nuevos obtuvieron su independencia en los 20 años que sucedieron a la segunda guerra mundial. Esos países han venido a sumar su voz a las clamorosas protestas contra la terrible desigualdad de las condiciones humanas.

¿Quiénes de nosotros, conociendo las encontradas presiones políticas, tribales y culturales, así como la astenia económica y falta de experiencia política de los nuevos países en desarrollo, se habría atrevido a predecir que podrían superar las primeras etapas cruciales de independencia política, sufriendo solamente conmociones limitadas —aunque se las publicara a tambor batiente— y llegando a contar con estructuras políticas más sólidas? Para ello los nuevos países necesitaron mucha fe y una amplia visión del futuro. Afortunadamente, hubo hombres con la misma fe y visión del futuro, dispuestos a ayudarlos con un envío considerable de recursos, tanto materiales como humanos, desde otras partes del mundo.

Esas cualidades van a ponerse a prueba una vez más, pues nos encontramos en una etapa crítica del proceso del desarrollo.

Las cifras que reflejan el progreso alcanzado son alentadoras, ya que indican lo que se puede hacer. Pero si se consideran las necesidades actuales y la magnitud del problema —así como el clima actual de desencanto— no dan muchos motivos de optimismo, y ninguno, por cierto, de complacencia.

Pese al importante progreso alcanzado en general, el efecto sobre la pobreza de los individuos que representan cerca de dos tercios de la población del mundo

todavía es insignificante. Las condiciones de vida de la mayor parte de las regiones en vías de desarrollo siguen siendo inferiores a las que prevalecían en Europa antes de la revolución industrial. Más de la mitad de los ciudadanos de esos países todavía tienen que subsistir con ingresos inferiores a US\$ 100 al año. En muchos de ellos, incluidos algunos de los mayores y más pobres, la tasa de crecimiento ha sido muy inferior al promedio. Debido al rápido aumento de la población, el incremento de la renta per capita con frecuencia es imperceptible. Las personas viven más, pero no mejor.

Muchos más niños van a la escuela que antes, pero en muchos casos la instrucción que reciben guarda poca relación con sus circunstancias o con las necesidades del país. La migración hacia las ciudades y el desempleo plantean enormes problemas. Hasta los alentadores resultados obtenidos con la revolución agrícola han creado nuevas dificultades, al tiempo que solucionaban otras ya existentes.

Estos son sólo algunos de los obstáculos que se nos presentan. Pero ahora contamos con el elemento indispensable que se tuvieron la suerte de tener, los que sentaron las normas hace más de veinte años. A diferencia de ellos, ahora sabemos que los programas de desarrollo pueden llevarse a cabo, no sólo que realmente es posible lograr el desarrollo si existen la voluntad y la dedicación exigibles y absolutamente indispensables. Ahora tenemos que preguntarnos cómo podremos aprovechar esa circunstancia para formular un enfoque nuevo, sistemático, aceptable para todos, de los problemas del desarrollo económico en la década que empieza y en las que la sigue.

Estamos firmemente convencidos de que en el futuro —aún más que en el pasado— el proceso de desarrollo habrá de revestir la forma de una asociación activa y verdadera entre las naciones ricas y las pobres. Es vano pensar que algún día, guardando las distancias, puedan unas u otras suministrar o recibir una ayuda importante sin comprender plenamente el proceso en función del cual se decide la asignación y empleo de esa ayuda, ni participar tampoco en ese proceso. Ningún país tiene derecho a inmiscuirse en los problemas de los demás, pero todo país u organismo que transfiera recursos en beneficio de otro tiene indudablemente derecho a dar su opinión y a que lo informen de las decisiones que afectan fundamentalmente el desarrollo económico que contribuye a fomentar.

Este tipo de asociación, que ha de mantenerse separada en todo lo posible de los vaivenes de la política a corto plazo, es esencial para que surja una relación durable orientada al logro de objetivos de desarrollo a largo plazo, única base que conviene a un enfoque sistemático del problema. Su ámbito de acción no ha de limitarse a los aportes de recursos de origen público, que son de la incumbencia de los gobiernos y que en sentido estricto son los únicos que pueden considerarse como ayuda, sino extenderse también a las medidas relativas al intercambio comercial y a los movimientos de capital privado, elementos que pueden resultar igualmente importantes para el adelanto de los países en vías de desarrollo.

Desde luego, estos movimientos de capital privado (que actualmente representan casi la mitad del aporte total de recursos financieros a los países en vías de desarrollo) no constituyen una carga para el contribuyente. Pueden entrañar riesgos —y también utilidades— para el inversionista, pero su peso, aún tomando en cuenta el valor real que para el proceso de desarrollo tenga el préstamo, cae sobre los encargados de reembolsar ese capital.

En ciertos países en vías de desarrollo ese peso es grande, y en algunos de ellos alcanza un nivel tal, que el pago de la deuda empieza ya a exceder el monto de los nuevos préstamos. En segundo lugar, es obvio que la ayuda oficial debería dedicarse cada vez más a la promoción del desarrollo económico y no a la consecución de los muchos objetivos a corto plazo a que con frecuencia se la ha destinado hasta ahora.

Por supuesto, hay países en que no podrá darse un adelanto rápido hasta que no se implanten mejoras básicas y durables en las estructuras sociales, pero en la gran mayoría de ellos ha de ser posible emprender un esfuerzo concertado susceptible de producir resultados positivos y fáciles de medir, y sentar también las bases de un desarrollo autónomo acompañado del progreso social correspondiente.

En suma, toda ayuda suplementaria tendría que tener por fin el de lograr objetivos claros y concretos, y asignarse con arreglo a criterios explícitos que hagan especial hincapié en el rendimiento de la economía del país beneficiario, sin olvidar por ello el progreso social. Consideramos que la meta global para la década que comienza debería ser la consecución de una tasa anual de crecimiento del 6 por ciento para el conjunto de los países no industrializados. Se entiende que esta sería una tasa media de crecimiento, y que mientras algunos países la superarían, otros no llegarían a alcanzarla. Pero creemos que esta meta global podría contribuir en grado considerable a servir de rasero con que medir el progreso y el éxito que se alcance.

También creemos firmemente que no basta con establecer una simple tasa de desarrollo y una meta global. Para satisfacer tanto a los países industrializados como a los que no lo están, la ayuda deberá estar concebida en forma que favorezca a las economías hasta que éstas alcancen el punto en que el crecimiento se sostiene a sí mismo sin necesidad de ayuda externa concedida en condiciones de favor.

Es necesario seguir de cerca tanto los compromisos contraídos por los donantes como los resultados obtenidos por los beneficiarios. Ya existe parte del mecanismo necesario para ese fin. Es alentadora la labor de los consorcios que constituyen foros regulares en que donantes y beneficiarios se encuentran para examinar los resultados obtenidos y calcular las necesidades futuras. Pensamos que es un sistema que debería crearse en los países y regiones en que no se haya implantado todavía.

En ese sentido, recomendamos que el Banco Mundial y los bancos regionales no sólo tomen la iniciativa de fortalecer las instituciones de esa índole ya exis-

tentes, sino que también coadyuvan a la creación de otras nuevas cuando sea necesario.

Para que las relaciones en materia de ayuda sean eficaces y satisfactorias, deben haber mayor coordinación y consultas más frecuentes en torno a todos los aspectos del proceso de desarrollo, especialmente dentro de cada país beneficiario.

La ayuda financiera actual, acordada por las instituciones multilaterales en condiciones de favor, representa sólo un 11% de la corriente total de ayuda para el desarrollo proveniente de fuentes públicas. Consideramos que, de aquí a 1975, esta proporción debería ser por lo menos del 20%.

Los organismos multilaterales están en condiciones especialmente ventajosas de realizar una evaluación objetiva tanto de la oportunidad y perspectivas de la ayuda como de su distribución, pero para desempeñar el papel más activo que contemplamos para ellos deben de estar organizados y administrados de una manera eficaz.

Esto no quiere decir, por supuesto, que deba reducirse en modo alguno la ayuda bilateral. En realidad, las dos terceras partes del aumento de esta ayuda podrían muy bien tomar vías bilaterales.

La Asociación Internacional de Fomento podría desempeñar un papel más activo. Consideramos que, de las organizaciones existentes, ésta es la que se halla en mejores condiciones de dirigir el esfuerzo que exige el establecer criterios para la asignación de la ayuda en función de los resultados económicos obtenidos y no de relaciones políticas o accidentes históricos que guarden poca o ninguna relación con las necesidades o la eficacia del proceso del desarrollo económico.

Fuera de la mejor repartición y organización de la ayuda, recomendamos que se incremente sustancialmente su volumen. Consideramos particularmente que se debería confirmar el objetivo sobre el cual ha habido ya acuerdo: el de hacer subir al 1 por ciento del producto nacional bruto de los países industrializados el monto de sus transferencias públicas y privadas de capital a los países en vías de desarrollo.

No creemos realista, sin embargo, esperar que todos los países puedan alcanzar inmediatamente esa meta del 1%, aunque en principio la hayan aprobado. En algunos casos la distancia a recorrer es demasiado grande y excesivamente largos los plazos necesarios para abrir los créditos, comprometerlos y desembolsar los fondos correspondientes.

No obstante, consideramos a la vez posible y necesario alcanzar y hasta exceder esa meta de aquí a 1975. Todos los países desarrollados deberían aceptar esa fecha límite, anunciar las medidas que se propongan adoptar para respetarla e informar periódicamente sobre los progresos que alcancen.

Otro aspecto quizás más importante es el de la elevación de la corriente de ayuda oficial para el desarrollo, la única que realmente constituye una carga para el contribuyente y que de aquí a 1975 debería elevarse al 0,7 por ciento del producto nacional bruto. El aumento en el volumen anual medio que se necesitaría para alcanzar esa meta (unos US\$ 1.500 millones) es modesto si se lo

compara con el incremento del producto nacional bruto de los países desarrollados, que se calcula en unos US\$ 120.000 millones aproximadamente, pero reconocemos que tal vez a algunos países les resulte difícil lograrlo. Así y todo, estamos convencidos de que con un nivel inferior de transferencias será imposible llegar a los objetivos de desarrollo internacional que nos hemos fijado.

No basta con aumentar el volumen de la ayuda: es preciso que esté mejor pensada y que se organice y administre con mayor eficacia que la actual. La ayuda debe adaptarse a las necesidades de planes de desarrollo bien concebidos, que podrán prever o no préstamos destinados a proyectos concretos. También ha de ser cada vez más incondicional, de suerte que los países beneficiarios no tengan que soportar las desventajas administrativas y económicas que supone el ver ligada esa ayuda a determinadas condiciones. También tiene que verse acompañada, en medida creciente, de una asistencia técnica integrada que permita a los beneficiarios adquirir los conocimientos técnicos necesarios para aprovecharla debidamente.

La importancia que acordamos a la ayuda de origen oficial no quiere decir que tengamos en menos la asistencia de origen privado. Por el contrario, estimamos que la inversión de capitales privados extranjeros y la transferencia de conocimientos técnicos son importantes y dignos de todo estímulo.

En nuestro informe se destaca también la importancia vital del comercio para el proceso del desarrollo económico. La expansión constante y vigorosa del intercambio mundial es un requisito esencial de un desarrollo internacional rápido. Muchos países en vías de desarrollo deberán orientar más sus actividades hacia el exterior y tratar de entrar en competencia con los otros. Por su parte, los países desarrollados deben proceder igualmente a un nuevo examen de su política comercial, con el fin de eliminar los obstáculos que se oponen a la expansión del comercio dentro de los países en vías de desarrollo.

Todo depende, en gran medida, del éxito que se logre en otro sentido: el encaminado a frenar el rápido ritmo de crecimiento demográfico, crecimiento debido principalmente a la disminución de la tasa de mortalidad, y no al aumento de la tasa de natalidad. Cada vez resulta más evidente que ninguna medida en pro del desarrollo de los países de bajos ingresos tendrá alcances verdaderamente significativos a menos que se aminore sustancialmente el ritmo del crecimiento demográfico, que en muchos países amenaza ahora con neutralizar todo el progreso alcanzado.

El problema demográfico sigue siendo un problema difícil de abordar, pese a que en los últimos años los términos en que se habla de él se caracterizan por una mayor franqueza. A nuestro juicio la cuestión debe seguir siendo objeto de decisiones que se tomen en el seno del hogar y dentro del país, no debiendo intervenir en ella ninguna autoridad ajena a éste. Pero el problema reviste tanta importancia para el futuro, no sólo del proceso del desarrollo, sino también del mundo entero, que ningún organismo de ayuda puede mostrarse más indiferente ante los resultados obtenidos en esa esfera que ante los obtenidos en ninguna otra.

No ignoramos que, a largo plazo, el progreso económico y social constituye la mejor forma de estabilizar el crecimiento demográfico. Pero desgraciadamente ya no tenemos ese largo plazo a nuestra disposición. Existe una verdadera explosión demográfica, y es preciso tomar medidas inmediatas para abordar el problema.

Esperamos que la tendencia creciente que se observa en los países en vías de desarrollo en el sentido de cobrar conciencia de la importancia del control de la natalidad se acentúe más aún en los próximos años.

Estas son algunas de las ideas fundamentales expuestas en nuestro informe. Al expresarlas hemos tratado de alcanzar un equilibrio entre la meta que representa el desarrollo autónomo de los países de bajos ingresos de aquí al fin del siglo, y una política de colaboración acompañada de un programa de ayuda que se funde en una auténtica asociación de fuerzas y voluntades.

A los que reconocen la importancia de un desarrollo equilibrado de la comunidad mundial, a los que entrevén sus repercusiones de futuro, pero que no toman plena cuenta de las dificultades que existen para lograrlo, tal vez les parezcan trinitas algunas de las medidas inmediatas que preconizamos. Al propio tiempo, los que no aceptan nuestra evaluación del problema tal vez las juzguen poco realistas e innecesarias.

Por nuestra parte, consideramos que las recomendaciones son prácticas y viables si —y me doy perfecta cuenta de la importancia de este «si»— existe la voluntad necesaria en ambos sectores del frente del desarrollo para llevarlas a cabo.

Lejos de nosotros el pretender que nuestra encuesta revele verdades. Nuestra ambición es más modesta que todo eso. Confiamos en que los resultados de nuestra investigación conduzcan al nuevo estudio del problema a escala mundial que consideramos necesario; como lo señalara McNamara, que estimule con el foro más amplio posible, el intercambio de ideas y el debate, así como la acción rápida, sobre esos problemas —entre gobiernos, entre organismos internacionales, entre organizaciones públicas y privadas de todo tamaño y característica que se ocupen de lo que, a mi entender, la historia considerará como la tarea más crucial del siglo: el desarrollo ordenado de la humanidad en una era de cambios técnicos totalmente revolucionarios.

En relación con las políticas y medidas necesarias para hacer frente a una situación que, de hecho, constituye una crisis en el desarrollo internacional, la indiferencia, y no la oposición, es el mayor obstáculo para el progreso. Ha llegado el momento de que todos los hombres de buena voluntad reconozcan que con la indiferencia, o un débil apoyo que atribuye una prioridad muy baja a la ayuda para el desarrollo, no puede solucionarse esa crisis.

Es preciso que se dé a la ayuda para el desarrollo una elevada prioridad, aún cuando tenga que compartirla con los cañones, la mantequilla y la conquista del espacio. En el próximo decenio la historia no ofrece otra alternativa a los países desarrollados y en vías de desarrollo que la de abordar, con sinceridad y energía,

los problemas difíciles pero de vital importancia a que da lugar la pauta desigual del crecimiento mundial.

Si insistimos en que se modifique esta estructura es porque entreveremos una comunidad mundial de la que todos los pueblos podrán formar parte con dignidad y decoro, y en la que los pueblos necesitados y desheredados podrán incorporarse a la corriente de progreso tecnológico y social.

A los que no comparten esa visión de futuro sólo podemos pedirles que traten de imaginarse lo que será el mundo dentro de 25 años si continúa acentuándose la división entre las sociedades ricas y las sociedades pobres, entre las sociedades desarrolladas y las sociedades estancadas, como ciertamente estarán si no nos unimos para impedirlo.

Y luego les pediremos que recuerden las medidas que habríamos podido tomar para evitar las consecuencias trágicas que nuestra inacción de hoy puede tener mañana.

30 PUNTOS DE ACCION

Las recomendaciones del Informe Pearson (resumidas más abajo) definen la acción a emprenderse para el desarrollo económico internacional y vienen a ser las reglas de una nueva estrategia para lograrlo.

- En la Esfera —**
- del —**
- Comercio —**
- Para un desarrollo internacional rápido se necesita una fuerte expansión del comercio mundial y también que los países en vías de desarrollo se orienten más hacia el exterior y a la competencia con los demás.
 - Los países industrializados deberían abolir los derechos de importación y los impuestos excesivos sobre el consumo de artículos de primera necesidad producidos exclusivamente por las naciones en vías de desarrollo. A estas últimas habría que garantizarles una oportunidad mayor de vender aquellos productos agrícolas suyos que también produzcan los países industrializados.
 - Debería haber dinero disponible para ayudar a los países pobres a enjugar los déficits que haya en sus exportaciones.
 - En el curso de la década que se inicia deberían abolirse las restricciones cuantitativas establecidas para la importación de productos manufacturados por los países en vías de desarrollo. El comercio entre estos últimos debe ampliarse considerablemente, en parte por medio de convenios en que hagan nuevas concesiones mutuas por lo que respecta a las tarifas de aduana.
 - Habría que prestar un apoyo mayor a los bancos dedicados al desarrollo de una región, y éstos deberían extender sus créditos de exportación a los países en vías de desarrollo.
 - Las organizaciones internacionales deberían estudiar la nece-

- sidad de establecer disposiciones de pago internacional para facilitar el comercio entre los países en vías de desarrollo y gestionar concesiones mutuas de carácter aduanero que abarquen una gran cantidad de productos.
- Se necesita crear un apoyo financiero a los depósitos de productos agrícolas que permita hacer frente a los años de malas cosechas y estabilizar los precios de aquéllos.
- Inversiones del Extranjero** — Los países en vías de desarrollo deberían facilitar las inversiones del extranjero, garantizar su estabilidad y simplificar los procedimientos administrativos.
- Los que hagan inversiones desde el exterior en los países en vías de desarrollo deberían contribuir a la preparación de la mano de obra y al mejoramiento de la industria local.
 - Los países en vías de desarrollo no deberían concederles, en cambio, ni una protección ni una serie de concesiones excesivas, sobre todo en lo que respecta a los impuestos.
- Las organizaciones internacionales y los gobiernos acreedores deberían crear un sistema de alarmas para que esos países no se carguen de deudas que les resulten aplastantes.
- La inversión de capitales extranjeros privados no excluye la ayuda pública. La de carácter oficial para costear carreteras, escuelas y hospitales debe preceder a las inversiones privadas.
- Desarrollo Económico** — Todo aumento en la ayuda que se preste a los países en vías de desarrollo debería tener por finalidad bien definida la de ayudarlos a entrar por una vía de crecimiento sostenido. Para la década que se inicia el objetivo que se persigue es el de aumentar el producto nacional bruto, en promedio, por lo menos en un 6% anual. Los países que lleguen a este nivel podrán bastarse a sí mismos al finalizar el siglo.
- Los aumentos de que sea objeto la ayuda en el futuro deberían limitarse estrictamente a fines económicos y de desarrollo. A cambio de ello, los países pobres tendrían que contar con la garantía de ayuda financiera de los ricos.
- Volumen de Ayuda** — Para 1975 como máximo se debería alcanzar la meta fijada por las Naciones Unidas para la ayuda que presten las naciones más ricas; el 1 por ciento de su producto nacional bruto. En ese año, y en ningún caso después de 1980, la ayuda pública u oficial en forma de subvenciones o préstamos con baja tasa de interés debería constituir el 0.70 por ciento del producto nacional bruto de los países ricos.

-
- Los programas de ayuda alimentaria tendrán que ser reemplazados por otras formas de ayuda a medida que los países pobres se basten a sí mismos en la producción de alimentos.
- Exoneración —
de Deudas** — El alivio de una deuda constituye una forma legítima de ayuda. Para evitar las futuras crisis en este sentido, los términos en que se fija la ayuda deberían ser más llevaderos y uniformes entre los grupos donantes.
- Administra-
ción más
Eficaz de la
Ayuda** — Donantes y recipientes deberían reunirse en el curso de 1970 para evitar el papeleo administrativo y establecer programas trienales en vez de los presupuestos anuales de ahora.
- Tendría que haber menos obligación de la que hay por parte de los países en vías de desarrollo de comprar mercaderías en los países que les prestan ayuda, y éstos permitir que sus fondos se empleen para hacer compras en otros países en vías de desarrollo.
- Asistencia —
Técnica** — En la década que acaba de determinar, el crecimiento rápido —de más del 10% anual— ha provocado omisiones o faltas en esta forma de ayuda, que a menudo no ha llegado a satisfacer las exigencias de los países en vías de desarrollo, especialmente por lo que se refiere a la agricultura y la enseñanza, ni tampoco ha sido debidamente integrada con la asistencia que consiste en la prestación de capitales.
- Los cuerpos nacionales e internacionales de expertos en asistencia técnica tendrían que hacer de su trabajo una carrera profesional, ayudados para ello tanto por los países donantes como por las instituciones privadas.
- Control —
de la
Natalidad** — La manera de «planear una familia» es cosa que debería saber todo el mundo. No tiene por qué nacer nadie cuyos padres no desean que nazca. Al planificar los programas de ayuda, tanto los países donantes como los países beneficiarios deben hacer hincapié en el control de la natalidad dentro de estos últimos. Las Naciones Unidas deberían designar un Comisionado de Población para ayudar a dirigir los programas de control de natalidad en las diversas organizaciones de Naciones Unidas.
- En consulta con la Organización Mundial de la Salud, el Banco Mundial debería iniciar un programa internacional de movilización de recursos de estudio dentro de esta esfera.

Ayuda a la Enseñanza y a la Investigación

Se debería disponer de mayores recursos para la investigación y experimentación de nuevos métodos de enseñanza en los países en vías de desarrollo para aumentar la capacidad de éstos en el sentido de adquirir, adaptar y desarrollar conocimientos científicos y técnicos.

Parte de los recursos de investigación y desarrollo de los países industrializados se debería dedicar al estudio de los problemas de los países en vías de desarrollo.

Los países ricos deberían ayudar a crear centros internacionales y regionales de investigación y desarrollo de técnicas como las de la agricultura tropical, el adelanto técnico, la enseñanza y el urbanismo.

Ayuda Multilateral

Las organizaciones de Naciones Unidas deben ejercer una dirección más acusada de la asistencia con fines de desarrollo para hacer de ésta un esfuerzo auténticamente internacional.

Para 1975 la parte de ayuda pública oficial multilateral debe aumentar del 10 al 20%. La Asociación Internacional para el Desarrollo, organización del Banco Mundial dedicada a la financiación de préstamos fáciles, debería convertirse en una organización de importancia fundamental para los esfuerzos de ayuda multilateral.

Para 1975 dicha asociación debería cuadruplicar sus actividades actuales, llegando las contribuciones de los diversos países a un total de 1.500 millones de dólares, contra los 400 millones que constituyen la contribución actual. Los bancos regionales de desarrollo tendrán también que recibir mayor apoyo.

El Presidente del Banco Mundial debería convocar en 1970 una conferencia de las organizaciones de Naciones Unidas y otras de carácter internacional, tanto multilaterales como bilaterales, para que trabajaran en el sentido de coordinar sus esfuerzos para crear un sistema coherente de ayuda internacional.